



## A modo de introducción...

# La diversidad como valor en una escuela que cambia

Francesco Tonucci

Una escuela que cambia tiende a favorecer la igualdad porque forma parte de su propia naturaleza.

Estamos en el comienzo del primer curso de la Escuela Primaria. El maestro Lodi<sup>1</sup> escribe a los padres lo siguiente:

*“Después de una semana con los niños, puedo afirmar que todos ellos tienen una inteligencia normal, aun revelando evidentes diferencias de carácter y diferentes niveles de maduración, debidos, en gran medida, a las situaciones ambientales en que cada niño ha crecido. Todos los niños, por tanto, salvo imprevisibles hechos de gravedad excepcional, están aprobados desde ahora hasta quinto de Primaria, con la garantía de que alcanzarán la preparación mínima requerida por los programas escolares. Si esto no se cumple, la responsabilidad será del maestro o de la escuela, por no haber aplicado las técnicas educativas adecuadas para desarrollar lo máximo posible las aptitudes naturales y la inteligencia del niño”.*

Los niños tienen todos una inteligencia normal, por lo que todos reúnen las condiciones necesarias para ser aprobados desde ahora, desde el comienzo del primer curso, hasta quinto, último curso del ciclo de la Escuela Primaria italiana. Es como si dijéramos: los niños están bien; ahora son el maestro y la escuela quienes deben demostrar sus capacidades para llevar a cada uno de esos niños y niñas hasta los niveles de preparación previstos por los programas escolares.

### La finalidad de la escuela es aprobar

La vocación de la escuela es la de aprobar, hacer crecer, permitir que cada alumno y alumna se desarrollen. Esto es lo que afirma nuestra Constitución, lo que tanto amaba Mario Lodi, y en el artículo 3, después de sostener que todos los ciudadanos

son iguales, promete que la sociedad hará todo lo que esté en su mano para eliminar los obstáculos que limitan la libertad y la igualdad de los ciudadanos<sup>2</sup>.

Por tanto, no se trata, simplemente, de pasar de un curso a otro, sino de permitir a cada niña y a cada niño que desarrollen lo máximo posible sus propias aptitudes naturales y su peculiar y particular inteligencia. Y para que esto pueda ocurrir, el profesor y la escuela han de ser capaces de poner en práctica las técnicas educativas adecuadas. Así pues, la escuela aprueba no por mérito de los alumnos, sino por mérito de la escuela. No porque sean buenos los alumnos, sino porque es buena, capaz y competente la escuela.

Por otra parte, estos eran los grandes objetivos del método natural de Celestin Freinet, de la pedagogía de los oprimidos de Paulo Freire y de la palabra a los últimos de don Lorenzo Milani<sup>3</sup>.

Frases como “Lo siento, señora, pero su hijo no me sigue”, “No es capaz”, “Podría, pero no tiene ganas”, “Necesitaría más ayuda en casa” deberían desaparecer del vocabulario de los profesores y de la escuela. Decía don Milani que a menudo la escuela es como un hospital capaz de curar solo a los sanos. Necesitamos, en cambio, una buena escuela, especialmente para los últimos, los menos dotados, los que no tienen buena voluntad y no cuentan con el respaldo de una familia capaz de apoyarlos y ayudarlos. Solo en este caso la escuela cumplirá el alto encargo de eliminar los obstáculos que la Constitución le confía.

Dice Bruner: “El problema es que los alumnos se aburren. Eso sí que es un gran problema que hay que evitar a toda costa”.

No podemos aceptar una escuela que aburra, que les pida a los niños y niñas que se pasen muchas horas durante muchos

<sup>1</sup> Mario Lodi (1922-2014), maestro de Primaria adscrito al Movimiento de Cooperación Educativa inspirado en la pedagogía Freinet. Primer maestro italiano a quien se le otorgó una laurea Honoris Causa, es autor de muchos libros, entre los que destaca *Il Paese sbagliato*, traducido en España con el título *El país errado*. Para comprender plenamente el significado de este fragmento inicial, cabe tener en cuenta que, en Italia, desde hace muchísimos años, es costumbre que el maestro o la maestra acompañe a su clase desde el primer curso hasta el quinto de la Escuela Primaria (en Italia la Primaria dura cinco años). Personalmente, considero esta costumbre muy positiva.

<sup>2</sup> Todos los ciudadanos tienen la misma dignidad social y son iguales ante la ley, sin distinción de sexo, de raza, de lengua, de religión, de opiniones políticas, de condiciones personales y sociales.

Es tarea de la República eliminar los obstáculos de orden económico y social, que, limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos, impidan el pleno desarrollo del ser humano y la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país.

<sup>3</sup> Lorenzo Milani (Florencia 1923-1967). A los 20 años entra en el seminario y se hace cura. Un cura incómodo al que la curia diocesana exilia a Barbiana, una pequeña parroquia de montaña, sin agua, ni luz ni accesos. Desde el primer día abre la escuela para todos los hijos de los montañeses excluidos de la escuela pública. Su escuela funciona ocho horas al día durante 365 días al año. En 1958, sale *Experiencias Pastorales*, su único libro, que es retirado del comercio por orden del Santo Oficio. En 1960, advierte los primeros síntomas del tumor (enfermedad de Hodgkin). En mayo de 1967, se publica “Lettera a una professoressa” (“Carta a una maestra”), cuyos autores son los jóvenes de la escuela de Barbiana. Morirá seis semanas después, el 26 de junio de 1967.

días y muchos años haciendo actividades que no les interesan, por las que no consiguen apasionarse.

Y el pedagogo suizo Claparède dice: “No una escuela donde se hace lo que les gusta a los niños, sino donde los niños se apasionen por lo que hacen”.

Un niño de seis años de Bogotá, después de pocas semanas de escuela, le dice a su madre: “Mamá, yo quiero ir a la escuela un día a la semana, porque en ese día puedo aprender todo lo que me enseñan y los demás días me sirven para jugar”. ¡Un juicio muy severo por parte de un niño tan pequeño! En un día a la semana puedo aprender todo lo que me enseñan, dice. De algún modo, repite el juicio de Bruner: en la escuela se aburren porque se dedica demasiado tiempo a hacer cosas poco atractivas y, por tanto, o se reducen los tiempos, o se procura hacer interesantes (apasionantes, como dice Claparède) las cosas que se les proponen a los alumnos. Y el resto de días que quedan, sigue diciendo el niño colombiano, no será tiempo perdido, es más, será el tiempo mejor empleado de todos porque lo usaré para jugar. Lo usará para realizar las actividades más importantes y más productivas a nivel intelectual y social.

### El niño tiene cien lenguajes

Loris Malaguzzi, el gran creador y director de los Jardines de Infancia municipales de Reggio Emilia, y gran amigo mío, comienza una poesía suya con estas palabras:

El niño tiene cien lenguas, cien manos, cien pensamientos,  
cien maneras de pensar de jugar y de hablar  
cien, siempre cien  
maneras de escuchar, de sorprenderse, de amar  
cien alegrías, para cantar y entender,  
cien mundos que descubrir, cien mundos que inventar  
cien mundos que soñar.  
El niño tiene cien lenguas (y además cien, cien, y cien)  
pero se le roban noventa y nueve.

¿Quién roba tanto a los niños? ¿Quién les roba sus lenguas, sus pensamientos, sus manos, sus alegrías e inteligencias? Son, seguramente, muchos los culpables. Por supuesto, todo nuestro mundo adulto, la televisión, la publicidad, los videojuegos, las ciudades hostiles... Pero entre estos culpables, indudablemente, también está la escuela. También la escuela les roba a los niños.

¿Y cómo hace la escuela para robar tantas lenguas y tantas inteligencias? De un modo muy simple y eficaz: proponiendo y reconociendo pocas de estas. Si en la escuela tienen éxito solo los que tengan buenos resultados en lengua, matemáticas y ciencias, porque solo estas son consideradas las disciplinas importantes, todos los demás, los que han nacido con vocaciones diferentes, con capacidades diferentes, están condenados al fracaso escolar.

### El protagonismo de los niños

Gabriel García Márquez escribe: “Creo que se nace escritor, pintor o músico. [...] Esto quiere decir que cuando un niño llega a la escuela primaria puede ir ya predispuesto por la naturaleza para alguno de esos oficios, aunque todavía no lo sepa. Y tal vez no lo sepa nunca, pero su destino puede ser mejor si alguien lo ayuda a descubrirlo. No para forzarlo en ningún sentido, sino para crearle condiciones favorables y alentarle a gozar sin temores de su juguete preferido. Creo, con una seriedad absoluta, que

hacer siempre lo que a uno le gusta, y sólo eso, es la fórmula magistral para una vida larga y feliz”<sup>4</sup>.

Aparece esta palabra rara, inusual, hablando de escuela: felicidad. Y, sin embargo, debería estar claro para todos, así como creo que lo esté para todos los padres, que el objetivo principal y final de la educación, tanto escolar como familiar, debería ser preparar a todos los niños y niñas para una vida feliz.

El hecho cierto e importante es que cada uno de nosotros, cada uno de nuestros hijos, cada uno de nuestros alumnos y alumnas tiene por lo menos un ámbito de excelencia, algo en lo que puede tener éxito; lo que Márquez llama “el juguete preferido”. Es necesario que la familia y la escuela hagan todo lo que esté en su poder para que cada uno pueda encontrarlo y dedicarse a su desarrollo con todas sus energías, con todo el entusiasmo que solo la realización de la propia vocación puede merecerse. De este modo, cada uno llegará a ser el mejor, naturalmente en lo que sea más acorde con sus características, con su específica inteligencia. Y sentirse mejor produce varios efectos positivos de gran importancia: crea un fuerte estímulo para recuperar las lagunas, da satisfacción (y esto es un paso importante hacia la felicidad) y hace que sea probable conseguir un puesto de trabajo incluso en tiempos de crisis, porque para los mejores hay siempre un lugar y, por último pero importante, será un puesto de trabajo deseado, que les guste, porque se corresponde con sus propias expectativas, con sus propios deseos.

Para que esto sea posible, la escuela debería dar a cada alumno y alumna la posibilidad de manifestar, expresar sus vocaciones, descubrir sus propios talentos, y para realizar esto debería adoptar dos posturas fundamentales: ofrecer un abanico muy amplio de lenguajes, de actividades diferentes, para que cada uno pueda encontrar aquello con lo que más congenia, y realizar una valoración positiva, es decir atenta a las capacidades, a las preferencias de cada alumno.

Parece que, a menudo, la escuela recorre el camino exactamente opuesto. Como se decía anteriormente, de entre los que cuentan para la valoración final, ofrece un número muy reducido de lenguajes y de experiencias, prácticamente solo lengua, matemáticas y ciencias, y adopta una valoración negativa, preocupada por descubrir las lagunas más que las capacidades, para dedicar después gran parte de su actividad a la recuperación de lo que falta en vez de a valorizar aquello que destaca. Naturalmente, lo que falta, los sectores en los que un niño es más débil, son también los que a él no le gustan y menos le interesan, por lo que una escuela que se dedique especialmente a estas actividades de recuperación (deberes en casa, ejercicios, clases particulares) será siempre una escuela hostil, aburrida, poco amada.

### El derecho a la libertad de expresión

Se podrá decir que todo esto es bonito, pero incompatible con la organización escolar actual, con las normas, con los programas escolares y, sin embargo, es exactamente lo contrario.

Imagino que a todos les queda claro que una ley como la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada por las Naciones Unidas en 1989 y ratificada por España, haciéndola ley nacional, en 1990, tiene una dignidad y un nivel jurídico mucho más alto que una reforma o que los propios programas escolares. Pues bien, el artículo 13 de la Convención reza lo siguiente: “El niño tendrá derecho a la libertad de expresión; ese derecho incluirá la libertad de buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de todo tipo, sin consideración de fronteras, ya sea oralmente, por

<sup>4</sup> *Un Manual para ser Niño* – 1995.

escrito o impresas, en forma artística o por cualquier otro medio elegido por el niño”.

Por tanto, según la ley, los niños tienen el derecho de expresarse libremente, según sus preferencias.

Entonces, la escuela habrá de organizarse de manera diferente para poder ser un lugar donde los alumnos puedan expresarse libremente y donde puedan, pues, encontrar un amplio abanico de posibilidades expresivas y de actividades diferentes, de modo que sea posible, para ellos, encontrar aquellas con las que más congenian y, para la escuela, descubrir las potencialidades de sus alumnos y favorecer su desarrollo.

### De las aulas a los laboratorios

El aula es un lugar innatural que hay que superar. Innatural porque deriva de modelos que no tienen relación con la educación: son espacios que se repiten, iguales, todos asomados a un pasillo, como grandes celdas de una cárcel o de un convento. Están todas amuebladas del mismo modo, con los mismos pupitres, la misma cátedra, más o menos las mismas decoraciones en las paredes. Y en este espacio anónimo se hace de todo, desde la lengua, hasta la música, de las ciencias al dibujo, de las matemáticas a la lengua extranjera. Suena un timbre, sale un señor, entra una señora, los alumnos esconden un libro y sacan otro y en dos, tres minutos deben cambiar el modo de pensar, el modo de hablar, salir de un mundo y entrar en otro, porque ha salido el profesor de lengua y ha entrado la profesora de matemáticas. Esta operación es muy compleja y para los más débiles casi imposible.

La propuesta es simple y poco original. Se inspira en el comportamiento de las categorías más altas del trabajo adulto, las de los científicos, los artistas y los artesanos. Ninguno de ellos realizaría su propio trabajo en un lugar cualquiera, anónimo. Cada uno de ellos trabaja en un laboratorio equipado y amueblado de manera específica para las exigencias de su actividad. Se trata simplemente de renunciar a las aulas y tener solo laboratorios, cada uno dedicado a una actividad, disciplina, específica, y equipado adecuadamente. Tendremos, por tanto, lugares muy diferentes entre ellos, tanto por la instrumentación presente como por el mobiliario. Estamos hablando de laboratorios de lengua, de arte gráfico, de música, de matemáticas y ciencias, de ciencias naturales, de cerámica, de mecánica (por ejemplo, de la bicicleta), de la huerta (un laboratorio al aire libre), de la actividad física (de yoga), de música, de teatro. Y, naturalmente, otros que la cultura local o las capacidades de los profesores sepan activar. Este cambio de organización producirá un cambio importante en el desarrollo de la jornada escolar. Serán los niños y las niñas los que se muevan dejando un laboratorio y yendo al siguiente. Este movimiento, el abandono de un local equipado de cierto modo y la entrada en otro con instrumentos y mobiliario completamente diferentes, ayudará a cambiar los comportamientos y hará más fácil prepararse a las diferentes exigencias de la nueva actividad.

### El tiempo de los niños

Pero ¿qué podrán hacer las niñas y los niños en una escuela tan diferente y que ofrece tantas posibilidades de actividades y lenguajes? Es evidente que no podemos pensar que en estos espacios tan articulados, diferenciados, especializados, se vaya a seguir un libro de texto o a realizar un programa escrito hace tiempo para todas y para todos los niños del país. En esos laboratorios, alumnas y alumnos tendrán que trabajar juntos para elaborar sus conocimientos, para compararlos, discutirlos, enriquecerlos. Tendrán que ser instrumentos reconocidos en manos de los niños, competentes y capaces de ser protagonistas de su desarrollo. Para que esta condición, reconocida por todos los

estudios de la psicología moderna y, en la actualidad, aceptada universalmente por la pedagogía, pueda realizarse hay que garantizar dos condiciones: la escucha por parte del adulto y que los niños tengan algo que llevar a la escuela. Si se reconoce la competencia de los niños, de todos, a cualquier edad y en cualquier condición en que estos se encuentren (de capacidades, cultura, nivel social y económico), entonces toda actividad didáctica tendrá que comenzar con un momento de escucha y no con una propuesta. La escuela se mostrará respetuosa si les pide a los alumnos que cuenten sus experiencias, que manifiesten sus conocimientos, aprovechando los diferentes lenguajes, para que, partiendo de estas bases, se pueda empezar por un trabajo individual y colectivo que lleve a la confrontación y al crecimiento. Pero para que todo esto sea posible, como decíamos antes, los niños han de tener algo que llevar a la escuela, algo que contar. Los profesores hoy, con frecuencia, me comentan que los niños, aunque se les estimule, dicen que no tienen nada que contar, que la tarde anterior, o el fin de semana o durante las vacaciones no ha pasado nada interesante. Por desgracia, a menudo es así. Los niños no son reticentes o mentirosos, son pobres sus tardes, sus fines de semana y sus vacaciones. Estos períodos los pasan haciendo deberes en casa, asistiendo por la tarde a las escuelas de deportes, música, lenguas extranjeras o delante de una pantalla de televisión o de un ordenador. ¿Acaso piensan que es algo que valga la pena contar a otros niños que, casi seguramente, han hecho las mismas cosas?

La escuela, en cambio, habría de estar muy interesada en que sus alumnos vivieran experiencias interesantes, importantes, emocionantes, porque esas tendrán que ser los materiales principales del trabajo escolar, los primeros estímulos, la razón principal de las actividades en las diferentes disciplinas. Por ello, la escuela considerará su tiempo el de la mañana, el que se vive dentro de su estructura, y tiempo de los niños el de la tarde, los fines de semana y las vacaciones. Renunciará a ocuparlo con deberes para casa, encargándose, durante su tiempo, de todas las acciones necesarias para la consolidación y la recuperación, especialmente a favor de los menos dotados y menos seguidos por sus propias familias. Ayudará a las familias a entender que sus hijos deben disponer de un tiempo cotidiano de juego con sus amigos sin el control directo de los adultos. Solicitará la intervención de los administradores de la ciudad para que transformen los espacios públicos en seguros y acogedores para los niños y las niñas que quieran vivir la experiencia de la aventura del descubrimiento, del juego. De este modo, la escuela podrá obtener el material fundamental para su correcto funcionamiento: las historias, los descubrimientos, las emociones de sus alumnas y de sus alumnos.

### No necesitamos buenas reformas sino buenos maestros

Pero ¿cómo será posible este cambio? Nuestros países han creído, y parece que siguen creyendo, que un cambio para que nuestras escuelas se adecúen a las exigencias de nuestra sociedad moderna se consigue cambiando las leyes, llevando a cabo nuevas reformas. Efectivamente, parece el camino más rápido y seguro: ante las cambiadas condiciones y exigencias sociales se lleva a cabo una reforma y se pone en consonancia a la escuela con las nuevas exigencias. En estos cincuenta años en los que llevo siguiendo la escuela italiana, casi todos los gobiernos que se han ido sucediendo, y son muchísimos, han pensado que fuera su deber intervenir en la escuela cambiando algo. Se ha cambiado la arquitectura general, se han cambiado muchas veces los programas, las disciplinas, los horarios, los libros de texto. Podemos decir que por ley se ha cambiado todo. Lo único que

ha permanecido sustancialmente igual es la escuela, y, con desconcerto, puedo observar que las actividades escolares que está haciendo nuestra nietecita de nueve años son demasiado semejantes a las que hacía yo ¡hace setenta años!

Las leyes no son capaces de modificar las praxis, las leyes no son capaces de modificar la escuela. Una buena ley nunca será capaz de inducir a un mal maestro a hacer una buena escuela, ni nunca una mala ley podrá obligar a un buen maestro a hacerlo mal.

No necesitamos buenas reformas, sino buenos maestros.

Sobre esto, en estos cincuenta años, no ha habido ninguna intervención significativa y todavía hoy los maestros nacen en universidades en las que los estudiantes asisten a las clases tomando apuntes y preparándose para exámenes en los que tendrán que repetir lo que los profesores han dicho, mejor aún si es con sus propias palabras y demostrando haber leído sus libros. Ciertamente, los contenidos de las clases guiadas por profesores han cambiado, son modernos, pero esto es prácticamente irrelevante. Los futuros maestros aprenden a dar clase y esto es lo que harán, garantizando que la escuela no cambie nunca.

Estoy hablando de la sede donde los futuros maestros se forman, un lugar donde se vive una gran responsabilidad y un gran privilegio. No me parece difícil imaginar cómo debería ser una escuela de formación de los maestros. Debería ser coherente con la escuela que creemos que esos maestros han de realizar. Una universidad de trabajadores y no de aulas, donde sea posible utilizar todas las capacidades y competencias y no solo las cognitivas y abstractas. Una universidad donde los alumnos sean protagonistas para que aprendan a reconocer el protagonismo de sus futuros alumnos. Una universidad creativa, científica y no dogmática, democrática, en la que los alumnos participen en las decisiones, una universidad que reconozca todo el cuerpo y todas sus actividades, motoras, artísticas, afectivas.

Cuando hablamos de nuestros hijos, nosotros los padres decimos: el primero ha tenido mala suerte, la segunda, en cambio, ha tenido mucha suerte, el tercero así así. Encontrar un buen maestro es fruto de la suerte. Pero no es esto lo que asegura nuestra Constitución cuando afirma el derecho al estudio o el que declara el artículo 28 de la Convención sobre los Derechos del Niño. No creo que derecho al estudio signifique una silla, un pupitre y unos libros de texto, sino que debe significar, ante todo, tener un buen maestro. Un buen maestro para cada alumno. Una amiga maestra de Barcelona me decía: "El peor tiene que ser bueno". Estoy de acuerdo.

Concluyo con una frase de don Milani:

"Con frecuencia, me preguntan los amigos cómo hago para llevar la escuela y cómo hago para tenerla llena. Insisten en que escriba un método, que les precise los programas, las materias, la técnica didáctica. Equivocan la pregunta. No deberían preocuparse de *cómo hay que hacer para dar escuela*, sino de *cómo hay que ser* para poder darla. [...] Hay que tener las ideas claras respecto a los problemas sociales y políticos. No hay que ser interclasista, sino que es preciso tomar partido. Hay que arder del ansia de elevar al pobre a un nivel superior. No digo ya a un nivel igual al de la actual clase dirigente. Sino superior: más humano, más espiritual, más cristiano, más todo."<sup>5</sup>

## Bibliografía

- Novo M. y Tonucci, F. (2006). *Bienvenido Juan*. Barcelona: Graó, 2006
- Renzi, D., Prisco, A., Tonucci, F. L'autonomia di movimento dei bambini: una necessità per loro, una risorsa per la scuola e per la città (2014). *Studium Educationis*, 15(3), 105-119.
- Renzi, D., Tonucci, F. (2013). *A scuola da soli, anzi con gli amici*. *Psicologia Contemporanea*, 240, 20-25.
- Tonucci, F. (2007). *FRATO, 40 años con ojos de niño*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2009). *Ciudades a escala humana: la ciudad de los niños*. Revista de Educación, número extraordinario, 147-168.
- Tonucci, F. (2009). *Con ojos de abuelo*, Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2009). When children heal the city. *Axis concept on the horizon*, 137(2), 142-147.
- Tonucci, F. (2010). *El país de los cuadrados y de los círculos*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2012). *Peligro, niños: Apuntes de educación*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2013). *Con ojos de niña*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2013). *Diario de clase*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2013). *La investigación como alternativa a la enseñanza*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F. (2016). *La soledad del/la niño/a*. Barcelona: Graó.
- Tonucci, F., Natalini, P. (2006). *A scuola ci andiamo da soli*. Roma: Gangemi Editore.
- Tonucci, F., Renzi, D. y Prisco, A. (2011). *Il Consiglio dei bambini*. Roma: Booklab.

<sup>5</sup> *Experiencias pastorales*, pág. 172. Cita original en italiano: "Spesso gli amici mi chiedono come faccio a far scuola e come faccio a averla piena. Insistono perché io scriva per loro un metodo, che io precisi i programmi, le materie, la tecnica didattica. Sbagliano la domanda, non dovrebbero preoccuparsi di come bisogna fare scuola, ma solo di come bisogna essere per far scuola. [...] Bisogna avere le idee chiare in fatto di problemi sociali e politici. Non bisogna essere interclassisti ma schierati. Bisogna ardere dell'ansia di elevare il povero ad un livello superiore. Non dico a un livello pari dell'attuale classe dirigente. Ma superiore: più da uomo, più spirituale, più cristiano, più di tutto".